



Un día se subió a un tren y desde otra ciudad telefoneó a alguien de la familia desde el móvil para decir tan sólo “mi casa está llena de animales; vosotros sabréis lo que tenéis que hacer”.

En el tirador de la puerta de la habitación del hotel en que se había hospedado — el más caro y lujoso de la ciudad, por cierto, porque con aquel su inveterado optimismo debió de pensar que, bueno, su situación económica no era ni de lejos boyante pero... un día era un día — había colocado ese letrerito que dice en distintos idiomas: “no molestar”.